

mo innata en los niños, á molestar, irritarse y aun sublevarse, contra todo lo que en el orden doméstico lleva el carácter de autoridad ó superioridad; y como bajo de tales impresiones llegan á ser jóvenes, en el colegio no son otra cosa que muchachos díscolos; y cuando salen al mundo, las revoluciones encuentran siempre en ellos materia dispuesta, acostumbrados como están ya á ver de reojo y con positiva prevención á todo el que manda. No insistimos tanto, en que quede desde luego abolido ese repugnante *tuteamiento*; porque en las familias en que esto se ha hecho casi tradicional, la cosa es muy difícil, pero sí llamamos seria y fuertemente la atención de los padres, hácia la necesidad de que hagan comprender á los niños por medio de la constante vigilancia é indispensable corrección, que ese *tuteamiento* para con sus padres, tios y abuelos, no es del mismo género que el que usan para con sus hermanos y sus iguales, teniéndolos siempre á raya con el castigo cuantas veces aparezca en ellos próxima ó remotamente la pretension como de igualarse con sus padres ó mayores, queriendo tener y tomar parte en las conversaciones de las gentes grandes, ó de otros modos no ménos chocantes ante las personas bien educadas.

OCTAVA. Como los niños cometen de suyo á cada paso innumerables faltas, preciso es que sus padres sepan discernir entre ellas las que deben corregirse suavemente por la sola reprensión, y las que es preciso reprimir, sin usar nunca de disimulo ó indulgencia, como son las que provienen del orgullo, de la indocilidad, de la obstinación, de la ira, de la pereza, de la costumbre de mentir y de la de apropiarse ocultamente lo que les gusta, aunque sean vagatelas. Para que se enmienden de este género de faltas, no basta la simple reprensión, sino que es necesario recurrir al castigo, mortificándolos con privarlos de algunas recreaciones, con encerrarlos por algunas horas en un aposento, con negarles del todo alguna cosa por la que muestren mas gusto ó interés; y si nada de esto es eficaz para corregirlos, apelar á los azotes ú otro castigo igualmente fuerte, teniendo siempre presente lo que el mismo Dios nos dice en las Sagradas Escrituras, á saber: *Aplica al niño la vara del castigo y librarás su alma del infierno*: porque si hay disimulo ó indulgencia de parte de los padres para semejantes faltas, los niños se acostumbrarán á cometerlas, y aunque sean ya jóvenes ú hombres, esas costumbres se convertirán en otros tantos vicios que los harán el oprobio de sus familias, con gravísimo daño de sus propias almas; puesto

que palabra también es de Dios ¹ la siguiente sentencia: *La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo*.

NOVENA. Cuando llega ya el tiempo de enviarlos á la escuela, escoger para esto preceptores de buenas y cristianas costumbres, y empeñosos en los adelantos de la niñez: no indisponerse con ellos porque reprendan, mortifiquen y aun castiguen á los niños; porque todo esto es necesario en un buen preceptor, que comprenda sus deberes y esté á la altura de ellos. Sacar á los niños de una escuela, porque en ella se les reprende, mortifica, ó castiga, sin que en nada de esto haya evidente y notorio exceso, es ahora un abuso demasiado general: pero no porque lo sea, puede en verdad el Obispo desentenderse de él, sin llamar fuertemente la atención hácia una conducta tan indigna de padres y madres que profesan la verdadera fé, y quienes como católicos debieran comprender perfectamente, que si Dios los ha hecho padres, no es en verdad para que solo cuiden del bienestar físico de sus hijos, sino primera y principalmente, para que de ellos formen otros tantos dignos hijos de la Iglesia aquí en la tierra, que en algun dia lleguen á ser ciudadanos del cielo: no para que les excusen aquí abajo toda clase de sufrimientos y molestias, sino al contrario, para que por medio de esas penas, hagan de ellos hombres y mujeres racionales, y cristianamente capaces del ejercicio de las virtudes: no para que atiendan á sus antojos y caprichos, sino para que acostumbrándolos al quebrantamiento de la propia voluntad, les infundan y enseñen la abnegación de que tanto han menester, sea cual fuere la suerte que les depare la Providencia.

DÉCIMA. Una vez que los niños estén ya en la escuela, no fiar en esto los padres, para descuidar de allí en adelante la enseñanza doméstica de la doctrina cristiana, sino siempre tomarse algun trabajo para estar al tanto de que los niños no la olvidan, por el estudio de los otros ramos de instrucción primaria á que en la escuela, se les dedica. Tener además sumo cuidado para que en la misma escuela no contraigan amistades estrechas con otros niños mal inclinados; y por último, exigirles que en la casa estudien las lecciones que en la escuela recibieron, acostumbrándolos aun por medio de algun rigor, á que es-

1 Prov. c. 22 v. 6.

tén constantemente bien ocupados, con excepcion de una ó dos horas, en que se les permita jugar y divertirse, no dejándolos solos en tales juegos, sino estando siempre al tanto los padres, de que los juegos en que se entretienen no tienen nada de inmoral ó de peligrosos.

UNDÉCIMA. Preparar en buena hora á los niños; es decir, á sus siete años, y con esmero y detenimiento, para su primera confesion y primera comunión. Es indecible cuánto contribuyen para la regularidad de costumbres en todo el resto de la vida, estos dos actos tan importantes, cuando se ejecutan del modo debido, despues que los niños, merced á la asiduidad y á los cuidados de una buena madre, llegan á comprender bien así las disposiciones con que se debe acercar el cristiano á estos Santos Sacramentos, como la eficacia de ellos para la santificacion de las almas.

Hé aquí en brevísimo compendio las reglas á que deben ajustarse los padres de familia, para la buena y cristiana educacion de sus hijos, desde la primera edad.

¿Pero se siguen, carísimos hijos en Jesucristo, esta norma y esta forma, en la mayor parte de vuestras casas? ¡Ah! preciso es decirlo con dolor; por mas que vuestro amor propio se resienta, de lo que como vuestro Obispo vamos á advertir en medio de la amargura de nuestro corazon.

La mayor parte de los padres de familia todavia católicos, han echado completamente en olvido, así las reglas que acabamos de compendiar, como los principios ciertos y seguros de que proceden. Con excepcion de unas cuantas familias, muy contadas por cierto, todas las demas, no obstante llamarse católicas, han doblado la rodilla ante *el ídolo de Baal*; es decir, ante ese espíritu del mundo en el siglo presente, que sin mas exámen ni motivo, que porque son de nuestros mayores, desprecia y desdeña las costumbres tradicionales, conforme á las que fueron educados todavia muchos de los padres y jefes de familia que aun existen. Olvidando enteramente el dogma católico, segun el cual, el hombre, aunque criado en el estado de inocencia y de justicia original, que hacia para él enteramente natural y fácil el ejercicio de la virtud, á poco cayó por su falta en el estado de la mas espantosa degradacion y miseria, al grado de que lo que antes le era como natural y espontáneo, fué ya para él sumamente difícil, y aun contra lo natural, porque como dice San Agustin, el vicio llegó á ser entónces para el hombre como una segunda naturaleza *Vitium pro natura inolevit*:

desconociendo, decimos, la mayoría de los padres de familia de la presente época, está verdad capital, creen ó se figuran creer, que los niños son naturalmente inclinados á lo bueno en materia de moral y de virtud, y por tanto se sublevan y se irritan cotra la idea de educar y formar á sus hijos virtuosos, empleando para ello cuando así conviene la correccion y el castigo como si aquello pudiera conseguirse siempre por los halagos ú otros medios suaves, con que se pretende sustituir en todos casos cuanto reviste la forma de algun rigor. ¡Principio falso, carísimos hijos en Jesucristo! ¡Principio reprobado y condenado en los rudimentos mismos de nuestra fé! ¡Principio enteramente impío, y que nadie puede profesar siendo católico, por contrariar abiertamente cuanto la fé nos enseña acerca de la caida original y de sus consecuencias para la humanidad!

De tan erróneo y anticristiano origen, deriva para la sociedad actual todo un sistema, ó un conjunto de procedimientos, en flagrante y abierta contradiccion con los procedimientos de nuestros padres, acerca de la educacion de los niños en esa primera edad. Apénas el niño ó la niña han salido de la cuna, cuando, como si no hubiera otra cosa que hacer, los padres reconcentran todo su cuidado y ahinco, en cumplirles todos sus gustos y caprichos, recibiendo las hermanas y demas personas de la familia, así como los sirvientes, la precisa consigna de no molestarlos ni contrariarlos por nada y para nada. No contentos con traerlos abrigados, limpios y aseados, como lo hacian excelentemente las antiguas madres, en lo general mas aplicadas al buen gobierno doméstico, que la mayoría de las madres actuales, ponen todo su conato y empeño, en vestirlos á la última moda y de telas costosas, despertando así desde muy temprano en los niños y particularmente en las niñas, el gusto por la ostentacion y por la vanidad, cosas que nuestros padres tenian por el contrario el mayor cuidado en reprimir. Se les enseña, es verdad, á hacer la señal de la cruz, y se procura que aprendan las primeras oraciones del cristiano: pero como para esto no se les ha de mortificar ni contrariar, los niños llegan por lo regular á los cinco años, edad de la escuela, sin haberlas aprendido bien, y sobre todo, sin la más mínima idea acerca de su importancia; porque ocupadas las madres en el propio tocador en que pierden un tiempo bien precioso, ó en trazar y forjar los vestiditos agraciados y chuscos que preparan para sus hijos, desdeñan el trabajo de tener á éstos á su lado ó sobre sus ro-

dillas todos los días y por largas horas haciéndoles repetir con inalterable paciencia el *Padre Nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, los *Mandamientos de Dios y de la Iglesia*; respondiendo discretamente á sus preguntas infantiles sobre lo mismo que les enseñan, valiéndose de símiles ó comparaciones sencillas para que entiendan el sentido de las palabras que se trata de grabar en su memoria; estimulándolos con pequeñas vagatelas para que se apliquen, ó privándolos aunque lloren y se incomoden, de lo que les gusta, si no aprenden; y aun aplicándoles otros castigos, si se obstinan en no aprender. Faltando habitualmente esta asiduidad para con los niños, es imposible que á la edad de la escuela sepan ya algo de provecho.

En este estado los reciben los preceptores ó preceptoras, quienes si son personas de seso, que estén á la altura de sus deberes, desde luego tratan de suplir con su trabajo y paciencia lo que falta en los niños, y que éstos debían haber ya adquirido con la enseñanza materna. Como no acostumbrados á obedecer en cosa alguna que no sea de su gusto, á las primeras reprensiones lloran y se molestan; á las segundas ya un poco más serias, con la franqueza propia de la edad, y de la falta de respeto á sus mayores, á que se les ha habituado, responden amenazando con avisar á sus padres de lo que pasa: á la tercera, en que el preceptor ó preceptora emplean tal vez algun ligero rigor, la respuesta es, ó venir los padres mismos, si no son personas de fina educacion, á requerir á los maestros con estilo impropio y descompasado por el ligero castigo que han impuesto á sus hijos, ó si son personas de alguna finura, trasladan en silencio sus niños á otra escuela, cuyo director ó directora, faltando á sus deberes, se propongan sufrirlo todo y no corregir nada con formalidad, á trueque de contar siempre con la proteccion y benevolencia de aquella casa ó familia. Entretanto, los niños sintiéndose apoyados por sus padres, no son más dóciles en la segunda escuela, que en la primera, sino que por el contrario, se muestran cada día más indispuestos á sufrir la correccion; y así van pasando los tres, cuatro ó cinco años de su instruccion primaria, sin que lleguen á medio perfeccionarse en ninguno de los ramos que aquella comprende. Por su parte los padres, creen ó afectan creer, que con tener á los niños en una escuela, han hecho cuanto debían hacer: no insisten ya para nada en la enseñanza doméstica de la doctrina cristiana, no cuidan de que en su misma casa estudien las lecciones de la escuela, nada in-

quieran sobre la índole y educacion de los otros niños con quienes los suyos se juntan á jugar ó entretenerse: no les reprenden ni corrigen cuando los chicos de suyo propensos á igualarse, usan de groserías y llanezas con las personas grandes, especialmente con las visitas: ni tienen precaucion ni reserva, para no hablar delante de ellos de cosas que los niños debían del todo ignorar: ni vigilan siquiera sobre el trato y familiaridad entre los chicos de diverso sexo, llegando á tanto el descuido acerca de esto, que muchos padres hasta celebran y aplauden como una gracia de sus hijos, su preferente aficion por ciertas niñas de su misma edad; y bajo este pésimo sistema de educacion, ó más bien dicho, bajo esta falta absoluta de educacion racional y cristiana, los niños crecen, hasta que llega por último la edad, en que unos van como meritorios á las oficinas públicas ó casas de comercio, á cometer torpezas ó *calaveradas*, única cosa para que son aptos; y que muy pronto los ponen en evidencia, hasta merecer que los despidan, para quedarse de *vagos*; y otros pasan á ciertos colegios ó establecimientos de que hemos hablado en la primera parte de esta carta, para consumir en breve por la impiedad y el libertinaje su más espantosa y absoluta ruina en el orden religioso, y muchas veces tambien en el social.

Hé aquí en breves palabras la historia verdadera y nada exagerada de lo que está pasando en el seno de innumerables familias católicas, en cuanto á la educacion de los hijos, particularmente de los varones, por el olvido casi absoluto de las sabias, cristianas y prudentes reglas que seguían nuestros mayores á este respecto.

¿Y en qué tiempo se presenta y manifiesta este mal, con síntomas más alarmantes? ¿En qué tiempo? Cuando la impiedad hace entre nosotros los mayores esfuerzos para acabar de descatholicizar un país, cuya civilizacion se debe exclusivamente al catolicismo: un país cuya sociedad no tiene otras bases ni otras condiciones de ser, que las que hace tres siglos y medio sentó y cimentó felizmente la Iglesia. ¿En qué tiempo? Cuando desatado en todo el mundo el terrible huracan de la revolucion anticristiana, arrancaria de cuajo y barreria, si esto fuera posible, de sobre la tierra, todas las instituciones cristianas, toda enseñanza católica, todas las ideas religiosas y saludables depositadas en el seno de la humanidad en casi dos mil años de cristianismo. ¿En qué tiempo? Cuando las leyes del país en que vivimos favorecen abiertamente los conatos de esa revolucion anticristiana: cuando cada día se